

Mírate, payaso

Acomodé mi traje, que se me pegaba al cuerpo. Hoy, el sol ardía infernalmente fuerte. El semáforo cambió a rojo, mi turno. En el monociclo, hice girar el plato chino sobre mi nariz, y comencé los malabares. Un acto casi perfecto; solo se me resbaló una clava. A los veinte segundos terminé. Me saqué el sombrero, empapado, por cierto, y me puse a caminar por las filas de autos. Lo habitual, pues. A la derecha, un barbudo hablando por su gran teléfono lujoso; ni me volteó a ver. Por la izquierda, una señora en un carro tan grande donde caben 8 personas, iba sola. Me ignoró. Cuarenta segundos y nadie bajó su ventanilla. A lo último una joven me tendió unas monedas. Dio luz verde y volví a la banqueta, con diez centavos. Diez centavos. ¿Esto es todo lo que da la gente? Uno matándose bajo el sol por horas para ganar algo, ¿y ellos? Cómodos, frescos, viviendo en la abundancia, disfrutando del show. Malditos diez centavos.

Hermoso, disfrutable, gran y exitoso día. Siete horas trabajando, con cuatro dólares y ochenta centavos en el sombrero. Fui a la panadería, a ver cuánto me alcanzaba. No había ni un alma en el camino. Eso creí hasta que una niña me detuvo. Me tendió un dulce, por cincuenta centavos. Solo estábamos ella y el payaso. Era una niña pidiéndome dinero. Dinero por el que trabajé horas bajo el sol. ¿Qué me haces? La miré a sus ojos negros y me fui.

Por Camila Viteri

Comentario del jurado:

Sorprende la perspectiva fresca sobre la dura realidad de la calle. La vida de un artista de semáforo es capturada a través de una pequeña anécdota misteriosa, mediante un lenguaje claro y sencillo. El trabajo con el personaje es otro gran acierto del texto porque, entre otras cosas, se llega a desarrollar un vínculo con él. El sutil giro del final está muy bien logrado.